



El cíclope y otros cuentos fantásticos

Carles Bellver Torlà

Published: 2009

Categorie(s):

Tag(s): literatura cuentos

Carles Bellver Torlà, febrero de 2010 (v 1.0.1)

Copyright 2009 Carles Bellver Torlà

Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

El momento decisivo

El sábado, me despertaron fuertes gritos que paradójicamente clamaban silencio y a la vez significaban también asco y adiós. No podía soportarlo, su machaconería me laceraba. Me vestí de prisa enojado y me marché.

El Museo de Bellas Artes, bastante cercano, me pareció el lugar perfecto donde pasar esas horas perdidas de fin de semana. Entré en la cafetería a desayunar –es un decir, eran las tres de la tarde– y luego, en la zona de exposiciones temporales, me encontré justamente una antológica de Cartier-Bresson, uno de mis fotógrafos favoritos. Su capacidad para captar el instante, “*el momento decisivo*”, me ha fascinado desde siempre.

Se podían contemplar allí algunas de sus series más célebres, junto a otras, entiendo, no tan conocidas, como las que tomó en China en los últimos días del Guomindang y en los primeros de la República Popular de Mao Zedong. Mientras admiraba una vez más aquella instantánea de una multitud agolpándose en Shangái para cambiar moneda, me dio la impresión de que alguien me observaba. Había, en efecto, una mujer de rostro oriental a mi izquierda que enseguida disimuló. La examiné discretamente de arriba abajo con el rabillo del ojo y, puesto que no pretendo ser nada original, le pregunté la hora. (De haber estado en otro sitio le habría pedido fuego, pero allí no se permite fumar.)

–Las cuatro menos cuarto –me informó–.

–¿Te apetece un café? –propuse–.

Le apetecía, y también un cigarrillo, así que nos fuimos a descubrir juntos otra clase de espacios más banales. No era dueña quizá de una belleza al uso, pero sí de un encanto especial, y a partir de un momento sus ojos rasgados, su amplia sonrisa, me embelesaron. La hacían parecer –¿o ser?– casi hermosa. Esa noche, antes de dormirme acurrucado en sus brazos le pedí no sé por qué que me contara un cuento. Recuerdo apenas que me explicó uno de una mariposa, otro de un invitado que se convertía en tigre y uno más de un demonio que se ocultaba bajo una piel humana, pintada con las facciones de una bella muchacha. Yo, por mi parte,

imaginé confusamente una absurda historia de un espía que se hacía pasar por una cantante de ópera para seducir a un diplomático francés.

Más tarde soñé que estaba durmiendo en una habitación idéntica a la mía. Ya era por la mañana y me alarmaban sus ronquidos, como el gruñido de una bestia salvaje que pronto se convirtió en un griterío. Trabajosamente desperté y me puse la ropa acuciado por un torrente de improperios, a los que yo replicaba uno tras otro: cállate, bruja, te odio, ya me voy.

Capítulo 2

Un rugido en la oscuridad

Si un león pudiera hablar, no lo podríamos entender. –Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*.

Mi nombre no importa. Soy periodista. Conocí a Lord Oxmore en 1929, sólo unos meses antes de su desdichado fin. Aquel verano viajé a las Islas Británicas por encargo de la National Geographical Society. Mientras preparaba un reportaje sobre el Loch Ness y los otros lagos de Escocia, ciertas lecturas desviaron mi atención hacia los viejos castillos medievales. No los elegantes palacios que se mantienen en uso –Blair y Fyvie, o Balmoral, la residencia predilecta de la reina Victoria–, sino otros más modestos, que se hallan comúnmente en el norte, en las Highlands. Ardvreck, por ejemplo, o Urquhart: ruinosos bastiones, apenas vestigios de otra época, románticos y fantasmales. No era eso lo que me pedía mi editor, pero yo... soy por naturaleza proclive a la metafísica y la ensoñación. Un pasaje leído al azar en el *Weir* de Stevenson estuvo a punto de hacerme partir de inmediato en busca del castillo de los Oxmore. Desgraciadamente me enteré de que el lugar llevaba años cerrado a cal y canto. Podía recorrer cientos de millas y conformarme contemplando las piedras cubiertas de musgo a la orilla del mar, pero si lo que quería era meterme entre sus muros y escalar el torreón para divisar las Hébridas desde lo alto, necesitaba obtener el permiso del decimoséptimo conde Oxmore, que residía en Londres.

Contaba con dinero suficiente para permanecer en Europa otro par de semanas. Además, mi trabajo estaba casi terminado. Una vez cumplidas mis obligaciones, ¿se me podía reprochar que me diese unas vacaciones, que perdiese el tiempo en mis manías personales? No lo dudé más. Me trasladé a Londres y escribí una carta al noble escocés exponiéndole mis intenciones. A modo de presentación cité algunos de mis mejores artículos. Debo aclarar que no me dirigía a un completo desconocido. Muy al contrario, unos años atrás (en 1920 o 1921) su nombre corrió de boca en boca por medio mundo. Primero se dijo que había desaparecido en

Tanganica, donde participaba en una expedición científica. Se dio por seguro que había sido víctima de las fieras o de los salvajes. Después, al cabo de muchos meses, puede que hubiese transcurrido un año o dos, unos cazadores lo encontraron en el corazón de la sabana: desnudo y mugriento, prácticamente convertido en un animal. Había sobrevivido por sus propios medios, matando para comer y subiéndose a los árboles para resguardarse del peligro. Se rumoreó que incluso había llegado a convivir con leones y que había terminado medio loco. Las crónicas de su insólita peripecia sobrecogieron a los lectores.

Mi petición fue atendida con prontitud por el administrador de la familia Oxmore. A su parecer era mejor que tratara el asunto directamente con el conde. Él mismo se encargaba de fijar fecha y hora para la entrevista. La verdad es que no esperaba conocerlo en persona, pero, dándose la ocasión, no pensaba desperdiciarla. Acudí a la cita puntualmente. Era un sábado por la tarde. El desmejorado caserón que encontré en las afueras de Sutton era exactamente como me habían advertido. Se supone que tuvo alguna vez un pasado más digno, pero ahora se veía sucio y abandonado. Las hierbas del jardín habían crecido hasta ocultar el sendero y los gatos se habían apropiado de lo que quedaba de un pequeño quiosco de estilo japonés. Al menos cuatro pares de ojos centelleantes me observaron mientras andaba hacia la puerta. Tuve que llamar varias veces antes de que me abriera un decrepito mayordomo. No sé qué me dijo: su voz susurrante me resultó ininteligible. Me pregunté en qué extravagante asilo o museo de los horrores me estaba metiendo mi curiosidad. Lo seguí por lúgubres pasillos hasta la puerta de una sala o biblioteca. Me invitó a entrar y la cerró detrás de mí.

Me hallaba en un aposento amplio y sombrío, apenas iluminado por una débil lámpara. Unas cortinas polvorientas oscurecían los ventanales. Las paredes quedaban ocultas, casi por completo, tras estanterías repletas de libros. En los escasos huecos colgaban cuadros de época: familias enteras posando en lujosos salones, alguna escena campestre, un caballero en el campo de batalla. Antepasados del conde, supuse. Al fondo había un escritorio y tras él me esperaba Lord Oxmore. Me acerqué. Con un breve gesto de su mano derecha me indicó una silla.

Es difícil apreciar con exactitud la altura de un hombre que está sentado detrás de una mesa. Éste, desde luego, no debía de medir menos de dos metros. Sus otros rasgos físicos eran igualmente extraordinarios. En sus ojos pardos destacaban unas pupilas enormemente dilatadas. Los pelos de su bigote y barba eran largos y finísimos y en cambio su poblada cabellera parecía áspera y resistente. Por otra parte su atuendo resultaba

anticuado, pasado de moda, no muy distinto de los que sus parientes lucían en los retratos. Era un hombre raro. Algo indefinido en él me producía desasosiego; algo imposible de precisar aún. Me dije que era normal que su experiencia lo hubiese transformado. Uno no puede hacer un viaje de ida y vuelta al estado de naturaleza sin dejarse nada en el camino. Ciertas peculiaridades eran pues comprensibles, no se le podían censurar. Sin dejar de pensar en esto, le expuse el motivo de mi visita. Como si no me hubiera escuchado, como si diera por supuesto que yo no podía querer otra cosa, empezó a relatarme su trance africano. Hablaba sin nervio, sin entonación. Me costaba entenderlo. Con frecuencia se comía algunas palabras, o las cambiaba de orden. Reflexioné que había repetido aquello tantas veces que hablaba sin fijarse, maquinalmente. En cualquier caso no me atreví a interrumpirlo. Además, he de admitir que su historia me estaba fascinando, me envolvía como en un hechizo. La reproduzco aquí con la mayor fidelidad de que soy capaz al cabo de los años.

«...me perdí en el Serengeti. Cuando logré regresar al campamento, lo encontré arrasado. Habíamos sufrido un saqueo: las tiendas habían sido desarmadas y destrozadas, los bultos deshechos y las provisiones robadas. De Cameron y Crowley no había ni rastro. ¿Nos habían atacado los maasai? Por lo que yo sabía no se comportaban de aquel modo, pero en cualquier caso los hechos hablaban por sí mismos. ¿Cómo no pensar en las leyendas sobre su odio hacia el hombre blanco y sus diabólicas torturas? Perdí los nervios. Salí huyendo bajo el sol abrasador del mediodía. Durante una semana interminable vagué por la inmensa llanura. Aunque era perfectamente consciente de que me hallaba demasiado lejos, procuré dirigirme hacia las regiones habitadas de aquel país. La trayectoria del sol y la posición de las estrellas tendrían que haberme bastado, pero creo que me desorienté en varias ocasiones y anduve en círculos. El calor, que me agotaba y me impedía avanzar, era mi mayor problema. En cuanto al sustento, intenté arreglármelas a base de frutos silvestres, pero la vegetación es escasa en la sabana. No tuve más remedio que cazar lagartijas y beber el agua turbia de las charcas junto a los antílopes.

»Una tarde me rendí al sueño a la sombra de unos arbustos. Fue una imprudencia. Cuando abrí los ojos tenía frente a mí una manada de leones. Creyendo que mis días habían llegado a su fin, encomendé mi alma al Señor. Sin embargo las bestias, en lugar de devorarme, prefirieron ignorar mis temores y mi carne y se echaron a dormir. Todavía aterrado, paralizado por el miedo, los conté: había dos machos, siete hembras y nueve cachorros. Sestearon durante horas, pero de vez en cuando alguno levantaba la cabeza, me miraba y bostezaba ruidosamente. Estaba seguro

de que si intentaba escapar me darían caza. Cuando les vino en gana, los dos machos se incorporaron, se me acercaron y dieron vueltas a mi alrededor. Me estaban examinando. Después olisquearon algo en el aire y se fueron. Advertí que unos cien metros más allá las hembras y los cachorros se amontonaban desordenadamente. Habían cobrado una pieza y se la disputaban. Desgarraban la carne a dentelladas. Cuando no quedaron más que los huesos regresaron conmigo. Entonces me atreví a moverme. Por alguna secreta razón toleraban mi presencia entre ellos. Quizá no habían visto nunca a un hombre blanco y no entendían qué tipo de animal era yo, si era más semejante a ellos o a su alimento.

»Poco a poco pasaron los días. Los leones y yo nos aceptamos mutuamente. Aprendí a vivir como ellos y puedo afirmar que la vida de los machos de su especie no es para nada penosa ni agotadora. Dormíamos largas horas, marcábamos el territorio mediante rugidos y orines. A veces ayudábamos a las hembras a cazar y después nos comíamos las presas que ellas nos proporcionaban: cebras, ñus, gacelas de Thomson... Cuando no había nada más que hacer nos divertíamos trepando a una acacia o jugando con los cachorros. Lo que me resultó más laborioso fue entender el significado de su lenguaje: la variedad de sus voces, sus movimientos y miradas. Lo conseguí sólo hasta cierto punto. Nunca pasé de un nivel rudimentario: esta carne es mía, va a llover, vamos, no alcanzaremos a esa res. Por mi parte, les enseñé a responder a un buen número de palabras y frases sencillas en inglés. Aprendieron con la misma facilidad que cualquier mascota. Me gustaba hablarles. Incluso llegué a utilizar signos escritos: palabras trazadas en el suelo delante de ellos. Alguno progresó mucho más rápidamente de lo que yo esperaba.

»No fue una experiencia ingrata. Sólo me resultó verdaderamente incómoda la estación del celo. Duró casi una semana, tiempo durante el cual permanecí solo, separado del grupo. Y luego un buen día todo se acabó con las detonaciones de los fusiles. Dormía profundamente cuando me despertó el estruendo. Demasiado cerca. Antes de que pudiera reaccionar ya estaban muertos la mayoría de mis compañeros. Vi a los cazadores, a corta distancia. Temí que me confundieran con una bestia –mi aspecto no era ya muy distinto– y me mataran. Me puse en pie sin pensarlo. Grité: “Me llamo Edward James Oxmore. No soy un león.” Uno de ellos me miró fijamente y murmuró: “Lord Oxmore”. Era un noble irlandés, el barón Dunsany. Me trajeron con ellos a Inglaterra.»

Lord Oxmore concluyó su monólogo y quedó en silencio, entornando los ojos. Un par de moscas daban vueltas sobre su cabeza. El zumbido me ponía nervioso, pero él no se inmutó. Parecía ausente, quizá

dormitaba. Vivamente impresionado, me levanté y abandoné la casa. En mi huida percibí aún otro signo de decadencia: los gatos del jardín, así como algunas ardillas y un mirlo saltarín, se paseaban por las habitaciones a su entera libertad.

Ya no fui a Escocia. Acabé mi artículo y volví a Nueva York tan pronto como conseguí un pasaje. No obstante continuaba pensando en Lord Oxmore. No lo volví a ver antes del fin, pero mantuvimos correspondencia. Un par de semanas después de nuestro encuentro recibí la primera carta, que me desconcertó. Era muy extensa y pese a ello no me contaba ni me pedía nada concreto. Alternaba los tópicos y formulismos con pensamientos densos y complicados acerca de cualquier cosa. Por escrito era aún más extraño que en persona. Se me hacía imposible seguirle el hilo: si es que había algún hilo que seguir. Cambiaba de tema antes de llegar a ninguna conclusión. Sus usos gramaticales, sin ser decididamente incorrectos, resultaban forzados, ajenos a la manera habitual de decir las cosas, como cuando uno piensa en otro idioma y traduce sobre la marcha. Simplemente no lo entendía, no podía descifrar lo que me decía o lo quería de mí. No me cabía ya ninguna duda de que la convivencia con los leones había deteriorado su mente. Me limité a redactar unas pocas líneas transmitiéndole mis saludos y mis mejores deseos. Pese a las dificultades, este primer intercambio epistolar tuvo continuidad. A veces tardaba semanas en escribirme. En otras ocasiones me llegaban dos cartas casi seguidas. No las contesté todas: no sabía qué decirle. Incluso cuando le encontraba sentido, su palabrería me perturbaba.

En honor a la verdad debo decir que algunas de sus frases me parecieron memorables, profundas. Me figuré que su trastorno lo llevaba del delirio a la lucidez. Transcribo aquí un fragmento de tono marcadamente filosófico:

«En primer lugar, parece evidente que los animales, como los hombres, aprenden muchas cosas de la experiencia e infieren que los mismos sucesos se seguirán de las mismas causas. Por medio de este principio se familiarizan con las propiedades más asequibles de los objetos externos, y gradualmente, desde su nacimiento, acumulan conocimientos sobre la naturaleza del fuego, del agua, de la tierra, de las piedras, de las alturas, de las profundidades, etc., y de los efectos que resultan de su operación.»

Esto lo escribió en la que sería su última carta. Al cabo de un mes leí que el que se hacía llamar Edward Oxmore había ingresado en prisión. Unos parientes lejanos –los únicos que tenía– lo acusaban de suplantar al verdadero conde, el cual jamás habría vuelto de África. Lo primero que pensé fue que intentaban aprovecharse de su estado para quedarse con la herencia. Pero no podía estar seguro de ello: yo sólo conocí a una sombra en un viejo caserón abandonado. Quise localizar a su administrador, pero fue en vano: se había desentendido de su cliente en cuanto las cosas se pusieron difíciles. Ya no hubo tiempo para más. El auténtico o falso Lord Oxmore murió en el penal de Newgate antes de que se celebrase el juicio.

No me lo podía quitar de la cabeza. Algo, una vaga intuición o una sospecha que apenas empezaba a definirse, me estaba inquietando. Leí entonces que un tal Lord Dunsany daba una conferencia en el Hotel Plaza de Boston. ¿Sería el mismo Dunsany del relato de Oxmore? Me desplazé hasta allí. El local estaba abarrotado y tuve que escucharlo desde las últimas filas. Supe que escribía historias de tipo fantástico. Según declaró, había sido también soldado, viajero... y cazador de leones. Sin duda era el mismo. Se centró sobre todo en sus obras. Al parecer trataban de lugares míticos, frecuentados por dioses y héroes. Su vivacidad encandiló al público. Por mi parte, yo sólo esperaba que acabase el acto para aproximarme a él. Pude hacerlo después del vano ritual de los autógrafos. Nombrar a Lord Oxmore bastó para que accediese a charlar conmigo en el bar del hotel.

Pedimos brandy y compartimos unos exóticos cigarrillos que traía consigo (turcos, creo que dijo, o libaneses). Contrastamos lo que él vio en el Serengeti con lo que yo había oído en Inglaterra. Nuestras impresiones coincidían: la extraña manera de hablar del conde, su fisonomía tan particular, su modo de comportarse. La franqueza fue en aumento a medida que apuramos nuestras copas y convertimos en humo el tabaco. Dunsany me habló de cosas tristes y remotas, de fábulas y de hechos verídicos. Insistió en que aún quedan misterios por descubrir en los desiertos y las selvas de África, o en los callejones de nuestras ciudades y en nuestro interior, siempre que estemos dispuestos creer en ello. Hablamos y hablamos y acabamos considerando una hipótesis peor que inverosímil. Oxmore había afirmado que se entendía en inglés con los leones, incluso apuntó que alguno de ellos llegó más lejos de lo normal. ¿Por qué no creerlo? Hay pájaros que repiten cansinamente palabras y frases, aunque no las entiendan. Hace poco leímos que un mono, mucho más próximo a lo humano en la escala evolutiva, paseó por el West End convenientemente

ataviado y afeitado sin llamar la atención de los transeúntes. Dunsany adujo otro caso aún más sorprendente. En Francia, en un pequeño circo que recorre el sur del país, un perro amaestrado juega a los naipes con el público y efectúa operaciones aritméticas elementales. Oxmore pasó mucho tiempo entre aquellos seres. Compartió sus días y sus noches. ¿Por qué no admitir que pudo civilizarlos al menos tanto como el se *animalizó*? Por fin nos atrevimos a expresar en voz alta esta irrazonable deducción: que en la fatídica mañana bajo el sol tropical, el verdadero conde fue abatido por los fusiles, y el que se levantó y pronunció unas torpes sílabas inglesas era en realidad una bestia, un león.

Eso explicaría su aspecto físico, su grado de empatía con los brutos, sus laberintos mentales o verbales: su rareza, en suma. Continuamos bebiendo y fumando. Nos imaginamos el grupo completo, descansando sobre la hierba o deambulando a cuatro patas por la sabana y balbuceando en inglés. Cuando les dispararon, el único superviviente debió de sentir miedo –una emoción tan humana– y mintió para salvarse. Usurpó la identidad del huésped caído: “Me llamó Edward James Oxmore...” Después, una serie de sucesos encadenados, un destino forzoso que lo alejaba de su hogar y de sí mismo: la compañía de los cazadores, la travesía hasta Inglaterra, los barcos y los coches, la casa de Sutton con los fúnebres criados, los periodistas... Repitió su historia una y otra vez, omitiendo siempre el detalle esencial: el verdadero protagonista era el otro. Oxmore le había enseñado los fundamentos del habla, y las circunstancias le obligaron a seguir practicando y aprendiendo. Parece que tampoco desaprovechó la vasta biblioteca que tenía a su disposición. Examinando más cuidadosamente sus cartas he constatado que tomó frases de Swift, Defoe, Gibbon... Demostró una asombrosa capacidad de asimilación: memorizaba todo lo que oía o leía y después era capaz de recomponer las piezas a su propio modo. No hablaba como los hombres porque pensaba como un león. Qué terrible cautiverio tiene que haber sido para él la vida en Inglaterra. Envolverse el cuerpo en incómodos tejidos, masticar hortalizas y carne asada, morar bajo techumbres oscuras, fingir para siempre. Pobre... ¿animal? Tuvo que sentirse perdido entre nosotros, acorralado, sin tener siquiera a dónde huir. Y al final lo encerramos cruelmente entre cuatro paredes y dejamos que muriese de pena.

Basta ya. Desde luego no creo que Dunsany hablase en serio. Supongo que fantaseaba, quizá se burlaba de mí. Sea como fuere, nunca leeré sus cuentos: ni volvería a fumar su tabaco. Lo que llegué a pensar en aquel café de Boston es algo tan absurdo como atroz, una alucinación que me deparó odiosas pesadillas y después largas noches de insomnio. Ojalá

olvidara todo esto. No estaré a salvo mientras siga contemplando en sueños las Tierras Altas de Escocia, el país natal de Lord Oxmore. Los roquedales y los lagos, los acantilados bajo la luna llena. Yo estoy allí, corro desnudo como un loco o como una fiera salvaje hasta que el aullido de una *bean-nighe*, la profetisa céltica de la muerte, me paraliza. Entonces ese grito deja paso a un monstruoso rugido y yo me despierto con el cuerpo empapado en sudor y el alma hundida en las tinieblas.

PS. La cita de una carta de Lord Oxmore está tomada literalmente de la sección novena de la *Investigación sobre el conocimiento humano* del filósofo escocés David Hume, que lleva por título “De la razón de los animales”.

Capítulo 3

Cómo obtuvo Danvers una plaza en Miskatonic

La tesis doctoral de Artemus B. Danvers –*Secret Worships in Deep New England*, subtitulada “Stars & Witchcraft”– mereció la calificación más alta, así como elogios y felicitaciones unánimes del tribunal. Al salir del Aula Magna, tras despedirse de todo el mundo, su tutor le pidió que le acompañara hasta su despacho.

–Creo que ha llegado el momento de que lea algo más –le dijo, al tiempo que le entregaba un volumen mal encuadernado de tamaño medio–.

Danvers compareció de nuevo al día siguiente, por la tarde. Iba sin afeitarse y tenía los ojos rojos, como si no hubiese dormido aún.

–Este libro me va a volver loco. Si una mínima parte de lo que afirma es verdad... entonces mi tesis no es nada más que un cuento de hadas.

Su tutor soltó una carcajada. Arrancó de un tirón las cubiertas del libro y las cambió por otras en las que se leía un título fatídico: *Necronomicon*.

–Ahora ya eres uno de los nuestros.

Acto seguido abandonó el despacho, sin dejar de reír de una manera horripilante. Danvers se quedó a solas con su pánico. Pasó la noche aullando, hasta el amanecer. Cuando vio salir el sol, acudió a la secretaría del Departamento de Folclore y Religiones Comparadas para firmar su contrato.

La extraterrestre

...justo antes de aterrizar, ya a baja altura, sobrevolamos boquiabiertos los canales de Schiaparelli. No nos acostumbrábamos a las maravillas. En el aeropuerto Ray Douglas, al salir de la aduana, nos esperaban un hombre de piel oscura con turbante y una señorita elegante, no tan morena, que exhibían sendos carteles con nuestros nombres y el escudo de la Generalitat en lo alto. Ella nos dio la bienvenida con un acento levemente exótico y nos informó de que iba a ser nuestra guía e intérprete –“mientras aprenden el idioma”–. Se llamaba Amália y era de ascendencia portuguesa, lo cual –aclaró– explicaba sus vocales neutras, las ‘es’ que se tornaban ‘ies’ y una entonación que a mi me parecía distinguida y melancólica, como de cantante de fados. Su compañero, Bharat, era el chófer panyabí –sij– del minibús que nos trasladaría hasta nuestros alojamientos. Con él nos teníamos que entender a base de mímica, pero eso no representó ningún problema. Ambos, siempre sonrientes, hicieron gala de una actitud abierta, bien dispuesta, comunicativa.

Durante el trayecto, Amália nos contó que en Marte la mayoría de la población continuaba usando los idiomas terrestres, públicamente sobre todo los de mayor peso demográfico y económico: el inglés, el chino. El francés o el alemán también, en menor medida el castellano. Los más minoritarios se usaban sólo en el ámbito familiar o en pequeñas comunidades lingüísticamente homogéneas. Le constaba que se estaba organizando un casal catalán o valenciano –no estaba segura de la diferencia– en otra ciudad, al norte de Westonburgo. El Consejo Autónomo, no obstante, hacía varios años que había adoptado como lengua oficial el antiguo código de la civilización III, cuya gramática reconstruyeron los filólogos con enorme dedicación y paciencia a partir de miles de tablillas desenterradas en los asentamientos de Meldilorn. Fue una decisión algo polémica, fundamentada, por un lado, en la utilidad práctica de una koiné cuanto más neutra mejor, y por otro, en un ideario político que reivindicaba una identidad propia para el Nuevo Mundo.

Amália nos leía en voz alta los carteles que divisábamos al pasar: “Karibu” (“Bienvenidos”), “Nihadhari Mapindi” (“Atención, curvas”), “Ninunulie Malakandra Makoko” (“Compre nueces de Malacandra”). De pronto nos adentramos en un área fértil, prácticamente boscosa, con árboles de buen tamaño que recordaban mucho a los de la Tierra: pinos, robles, encinas. Podíamos pues dar testimonio de que la terraformación había sido un éxito. Y entonces, ¿por qué no tendrían que prosperar nuestros naranjos si se ponían las condiciones adecuadas? Yo, no podía evitarlo, empezaba a redactar mentalmente mi informe. Bharat tomó un desvío y enseguida llegamos a un claro a orillas de un riachuelo de agua cristalina. El minibús se detuvo. Estábamos delante de una casa de madera de dos plantas. Un delicioso refugio o un pequeño chalet para el turismo rural.

–Su casa –nos anunció Amália–.

Afuera el ambiente era fresco y húmedo. Cargamos con las maletas y nos apresuramos a entrar. Lo primero que nos encontramos fue una mesa larga repleta de comida, con bancos para sentarse a ambos lados. “Las habitaciones están arriba,” dijo Amália señalando una escalera. “Pero ya subirán luego. Ahora deben de tener hambre.” Sin duda. Nos abalanzamos todos a una como buitres y devoramos la pitanza en un santiamén. No dejamos ni las migas. Gustó especialmente una carne que alguien apuntó que sabía a ciervo. Yo, desde luego, no podía corroborarlo. Pero las verduras -bulbosas, de vivos colores- me parecieron notables. ¿Cuánto tiempo debía de hacer que no comíamos como Dios manda? Después, con el buche lleno, aceptamos de buen grado una especie de café o malta, mezclada con un licor aromático, que nos templó por dentro.

Amália había repartido unas hojas con instrucciones de protocolo y un vocabulario básico, para prepararnos. ¿De verdad esperaban que aprendiésemos aquel galimatías? Dijo que volverían a buscarnos por la mañana a primera hora y nos acompañarían a la recepción oficial.

–Será mejor que descansen. Han recorrido más de cien millones de kilómetros.

Entre todos impedimos que ella y Bharat se fuesen. Mis compañeros estaban alegres y juguetones como niños pequeños. El entorno acogedor, la tranquilidad de sabernos sanos y salvos después de un viaje incierto, y el alcohol, todo ello contaba, claro, contribuía a que nos sintiésemos bien. Vicent y Pep insistieron en que se quedasen para poder practicar “el marciano” con ellos. Nos reímos de lo lindo oyendo sus alocuciones sin pies ni cabeza, improvisadas a partir de las fotocopias y aderezadas con sus chistes procaces de siempre.

En algún momento de la fiesta, salió por una puerta al fondo de la sala una mujer bajita y delgada. Vestía una bata verde y arrastraba un cubo de fregar. Alguien se rió, por lo inesperado de la aparición. Amália se lo tomó peor, por algún motivo se molestó y le dirigió a la mujer unas palabras ásperas. Con gestos elocuentes la mandó a otro lado a hacer sus tareas.

Me fijé en su cuerpo frágil, su manera tan particular de moverse y de agitar las manitas de largos dedos. De algún modo me cautivó. Nuestras miradas se cruzaron un instante antes de marcharse y creo que después la busqué. Sin saber cómo, me encontré con ella a solas en el exterior de la casa, sentados los dos sobre un lecho de hierba azulada, bajo un árbol alto y frondoso que no podía nombrar.

–Mikudhumani –me dijo, acariciando la corteza–.

A continuación se tocó el pecho y pronunció su nombre, un sonido musical. Yo me había quedado absorto contemplándola desde tan cerca. El color de su piel, su olor. Sentí el impulso de decirle: te quiero, ya nada podrá separarnos. Pero no era normal hablarle así a alguien de buenas a primeras. ¿Quizá me había emborrachado? Entonces ella cerró los ojos, se puso a temblar y la abracé. Estaba fría y rígida.

–¿Estás enferma?.

–Sí...

Le pregunté si tomaba algún medicamento.

–En el trastero... –susurró–

–Iré a buscar –intenté tranquilizarla–.

Pero perdió el conocimiento y se desplomó sobre mí. No pesaba apenas. Ahora me parecía aún más pequeña: casi me daba la impresión de que se hubiese encogido. La llevé en brazos hasta la casa. Los otros seguían charlando y riendo y ni se enteraron de lo que sucedía. Sólo Bharat me ayudó a revolver el cuarto de las escobas, pero no encontramos medicinas ni nada parecido. Así que lo único que podíamos hacer era llevarla a un hospital.

Los exámenes se prolongaron varias horas. Bharat y yo esperábamos en el pasillo. Al anoecer me dijo que se iba y me invitó a acompañarle. “No, no,” le contesté, “gracias”. Busqué en las hojas que llevaba en el bolsillo. “Ahsante”. Nos despedimos con un apretón de manos. “Adiós”, “alamsiki”. Más tarde, me enteré por un doctor de que ella no era realmente humana. Lo dejó caer así, sin más, como si yo ya tuviese que saberlo. La seguridad social, me dijo, le facilitaba los antídotos que debían tomar cada día, pero si por cualquier motivo se debilitaban sus defensas, las dosis normales podían resultar insuficientes contra nuestras legiones

de bacilos, estafilococos y demás. Había sufrido un shock y seguía inconsciente, pero se salvaría. La rigidez y un ligero encorvamiento de la espalda, que traía como consecuencia una aparente disminución de la altura, eran síntomas normales. En veinticuatro o cuarenta y ocho horas sabríamos si iba a recuperarse. Supongo que notó mi perplejidad y por eso siguió dándome explicaciones. Dijo que sobrevivieron muy pocos a las epidemias y que su integración en un nuevo orden social ha sido complicada. “Algunos colonos los ven como bichos raros”, añadió. “Les atribuyen todo tipo de poderes mágicos o psíquicos, como cambiar de aspecto a voluntad o influir en los humanos. Es cierto que a veces ellos pretenden hacerse pasar por terráqueos, aunque se ve a la legua lo que son.”

Me daban ganas de llorar. Yo ni siquiera sabía que hubiese auténticos marcianos y que fuesen tan semejantes a nosotros. Cuando se fue el médico me dejaron entrar en la habitación. Su pequeñez me enternecía: le sobraba cama por todas partes. La tapé con la manta y me senté en una butaca junto a ella. Sin querer me dormí, a pesar de la incomodidad. Al despertar miré el reloj: las ocho y cuarto de la mañana. No sabía cuánto tardaría en llegar a la recepción. De hecho ni siquiera sabía a dónde tenía que ir exactamente. Ya me marchaba, eran casi las nueve, cuando vino una enfermera a tomarle la temperatura y me obligó a rellenar un formulario. Recuerdo que en primer lugar me pedían el nombre de la paciente y el del acompañante: el mío. Luego, nuestra relación. Ninguna, pensé, en realidad.

Capítulo 5

Un coloquio bizantino

No recuerdo bien quien sacó el tema de las apariciones.

–William Blake –dije– vio un día un árbol lleno de ángeles, cuando era un niño. “*A tree filled with angels*”, le explicó a su madre. Fue su primera visión.

–Yo –confesó Heléna– vi una vez un ángel en Estambul, en medio de una visita guiada al centro histórico. Allí estaba él, en cuclillas en lo alto de la columna de Constantino.

–Debe de ser que les gusta trepar –replicó alguien con agudeza–, como a las criaturas.

–¿Y qué hizo entonces? –pregunté–. ¿Se fue volando?

–No. Estuvo quieto todo el tiempo, con las alas plegadas. Yo lo observaba de reojo y me daba la impresión de que él también me miraba. Apenas volvía la cabeza, muy lentamente, a medida que nuestro grupo se desplazaba a su alrededor y a lo largo del Divan Yolu, la antigua carretera de Roma, ahora copada por las tiendas y los restaurantes, además de alguna mezquita.

–¿Pero lo vio alguien más?

–No me atreví a preguntarles –sonrió– Me arriesgaba a que me tomaran por loca. Esa misma tarde hice que volviésemos. Puse alguna excusa. Antes no llevaba la cámara y creo que le dije a mi acompañante que me gustaría tomar unas fotos.

–¿Tu marido? –la interrogué–.

Aclaró que no estaba casada, pero no se dejó desviar del tema.

–Cuando llegamos, el ángel ya no estaba allí.

–Hay que tener cuidado con esas cosas –reflexioné en voz alta–. Me estoy acordando de un relato de uno de aquellos cuentistas ingleses del XIX. Quizá era Chesterton, o quizá Arthur Machen. En todo caso yo diría que el autor, fuese quien fuese, debió de inspirarse en el episodio de la biografía de Blake que he mencionado antes. Al protagonista de la

historia, los ángeles que se le aparecían en un campo le mandaban hacer cosas terribles.

–¿Qué tipo de cosas?

–Rebelarse contra el sistema, usar la violencia. Se marchaba a Londres, se unía a un grupo anarquista y participaba en atentados con bombas. Ataques indiscriminados, no les importaba matar a un montón de personas inocentes porque su causa era justa. Más adelante tramaba un plan por su cuenta para dinamitar el Museo Británico, que consideraba que era el símbolo ideológico máximo del Imperio, del poder con mayúsculas, de la dominación del hombre por el hombre. Al final lo capturaba Scotland Yard antes de que culminara su objetivo. Habían sido alertados de la compra de explosivos y lo tenían bajo vigilancia. Pero la cuestión es que entonces él ya tenía dudas. En su recuerdo, los angelitos se transformaban por momentos en demonios, unos monitos de cara sucia y alas correosas, pequeños murciélagos monstruosos que no entendía cómo pudieron engañarle. O quizá sí eran ángeles, ya no estaba seguro de nada. Puede que no captase correctamente su idioma celestial porque su alma era impura y le diese la vuelta el mensaje. ¿Se había convertido en terrorista por error, por un malentendido? Pasaba largos años en la cárcel torturándose, arrepentido y afligido por lo que había hecho, corroído por la culpa y el remordimiento.

–Pero Chesterton y Machen –se metió Aleksánder en la conversación– son dos escritores antitéticos. Me sorprende que puedas atribuirles esa historia indistintamente a ambos. Si no recuerdo mal, uno era propagandista católico, un fervoroso converso, y el otro un esotérico que se remontaba espiritualmente hasta la magia y el paganismo de sus ancestros galeses.

–Pues a mí –le respondí– no me parece que fueran en el fondo tan diferentes. Ambos vivían en un mundo delimitado por significados religiosos, en un lado u otro de una raya perfectamente definida que separaba para ellos el bien y el mal absolutos. Me parece que este argumento policial-sobrenatural les cuadra igual de bien a los dos.

–Y a ti –me dirigí a Heléna–, ¿el ángel no te dijo nada?

–Mi ángel –contestó ella– sólo me sonreía. Eso no puede ser peligroso. No me pareció que quisiera nada de mí.

Capítulo 6

Restitución

Pedro, Pedrín, Perucho, mi a pesar de todo fiel secretario –ya lo fue de mi padre y nos sobrevivirá a este paso a los dos–, me telefoneó el lunes para darme un recado. Se había presentado en el despacho, me explicó, un raro personaje. Un hombre de mar, quizá. Vestía ropas raídas pero limpias, del mismo azul deslustrado que la gorra. Hablaba un castellano correcto, sin acento definido, con un estilo, con cierta afectación que evocaba otros tiempos o antiguas novelas. Lo más extraño era que llevaba debajo del brazo una caja de madera con cerrojo y que no se separó de ella mientras estuvo en la oficina. Preguntó por mí y al saber que no se me esperaba pidió papel y lápiz y garabateó la nota siguiente:

«Tengo algo que perteneció a su abuelo. Le esperaré esta tarde en un bar de la plaza de San Agustín Viejo, núm. 1.»

El hecho en sí, que alguien venga a buscarme, no es algo que suceda con frecuencia. Yo apenas paso por el bufete una vez al mes para estampar mi firma en los pocos documentos que lo requieren. De preparar esos papeles y de todo lo demás, que tampoco es tanto, se encarga Pedro. No era desde luego la primera vez que intentaban estafarme o chantajearme: deudas falsas, ocasiones irrepetibles, un hipotético descendiente en el Ampurdán. La proverbial fortuna de mi abuelo, en realidad ya bastante menguada, parecía atraer a todos los rufianes de Barcelona o de cualquier otro lugar. Por eso mismo no era prudente, aunque casi me venciese una bohemia curiosidad, aceptar la cita en su terreno: en el proceloso Borne ni más ni menos. Así que, por medio de Pedro, mandé decirle que estaría según mi costumbre en el Merbeyé hasta eso de las nueve.

(A punto estuve de proponer como marco para nuestra cita el mismísimo avión del Tibidabo, ya que había vuelto a ver hacía poco *El tercer hombre* y éste era el equivalente más aproximado, más cercano, que se me ocurría. Pero lo dejé estar: estoy demasiado acostumbrado a que se malinterpreten mis bromas más inocentes.)

Cuando entró, vi que llevaba consigo la dichosa caja. Yo tomaba lo de siempre. Mi segunda copa ya, de hecho. El pidió un vino tinto, sin concretar.

–Iré al grano –recuerdo que empezó así de abruptamente–. Esta caja contiene el alma de su abuelo, que en paz descanse.

Se llamaba, supe más tarde, José Sobrinho. Era portugués. Marino, en efecto. Aseguraba haber surcado los siete mares en su ya larga vida. No dudo que había visto muchas cosas y oído contar otras, posiblemente aún peores. La historia que me contó quizá no era la más quimérica de todas las que conocía. A mí me desasosegó bastante.

–Usted –le inquirí en cuanto terminó–, ¿de dónde ha salido? ¿Del *Libro Negro* de Papini?

–No se ría de mí –me respondió–. Ni siquiera estoy seguro de hacer lo correcto. Pero de todas formas necesito el dinero y me justifico pensando que, si me limitara a entregarle la caja, no me tomaría en serio.

Por lo que sé es cierto que mi abuelo se dio al juego, entre otros –varios– vicios. La escena de la partida de cartas que me narró Sobrinho me ha visitado muchas noches mientras intento conciliar el sueño. El vestuero palacete mallorquín, las reglas pactadas, los contrincantes. No me describió su aspecto, ni falta que hace. El diabólico rostro de uno ellos lo he visto yo todas esas veces en mi leve locura. Sobrenaturalmente dotado, fue ganando desde el principio. No le aceptó la revancha a mi abuelo si no se apostaba el alma. Él le replicó con una risotada. Sonaba ridículo, quién iba a tomarlo en serio. Pero no hay duda de que algo cambió su carácter. Los que le conocían afirmaban que se volvió más distante, más frío aún. Duro, insensible. Quizá sólo se agudizaron sus defectos con la edad, no lo sé. De esto se hablaba poco en casa y nunca con franqueza. Tácitamente se culpaba al alcohol. Sus piadosas hermanas –mis queridas tías– insistieron sin éxito en que confiase en los médicos: él los odiaba. Sin embargo vivió más de lo normal. Superó los noventa años y sólo pudo con él un tranvía que le pasó por encima.

Mientras tanto, según Sobrinho, un sacerdote de Reus halló la famosa caja en ultramar. Estaba entre los objetos que se llevó de Camagüey, en la isla de Cuba, tras un exorcismo que acabó desastrosamente: un hombre muerto, otro huido, montones de ratas chillando, saliendo de todas partes de un caserón en ruinas, y el inevitable hedor a azufre. Pero aunque viniese adrede a Barcelona para restituir el contenido “a su legítimo propietario”, ni mi abuelo en primer lugar, ni luego mi padre, quisieron saber nada del asunto y echaron a la calle al pobre curita. Ellos eran, conforme a sus propias palabras, ateos y librepensadores, y no creían desde

luego en supercherías espiritistas. (Nota al margen: yo no habría sabido cómo definirme en cuanto a la religión. ¿Incrédulo? ¿Agnóstico descreído?)

Mosén Blay Serra –así se llamaba el cura– falleció años después como misionero en los manglares, pero había dejado la caja e instrucciones a su antigua sirvienta. Aún pasaría esta reliquia por otras manos y daría más vueltas –el obispado de La Habana, un anticuario en Lisboa, un gabinete de las maravillas en Amsterdam– antes de hacerse con ella Sobrinho. Pero prefiero ahorrarme los pormenores de ese periplo, que servirían para aderezar una –mala– novela de aventuras. ¿Por qué le pagué lo que pedía? ¿Para desembarazarme de él? ¿Por curiosidad? ¿También por esnobismo, por aburrimiento? Al cabo del tiempo, ¿uno prueba cualquier cosa que le pongan por delante? Quizá sea yo una víctima propiciatoria de este tipo de engaños. Mi temperamento solitario, melancólico, propenso a los abismos, sensible a toda clase de supersticiones: incluso aun cuando –quiero pensar– no crea en ellas.

Me dicen que lo han visto, a mi amigo portugués, desempeñando algunos enseres en el monte de piedad de la calle Córcega y comprando licores y tabacos caros en una tienda del paseo de Gracia. La caja, estaba hecha de madera de sándalo, con refuerzos metálicos, y llevaba unos símbolos trazados en rojo: caracteres de un alfabeto que no está en mis enciclopedias. Aquella misma noche, obviamente, la abrí. Obviamente estaba vacía. Me pareció percibir, sin embargo, un leve soplo, un suspiro que se escapaba junto con un olor familiar, como de flores marchitas y agua corrompida.

Deterioro general de la realidad

Esta mañana me he encontrado grietas en el pasillo y unas manchas enormes que se extendían por el techo y las paredes. Al principio he pensado en vestirme y avisar al vecino de arriba, pero al examinar más de cerca el problema he comprendido que no era simplemente humedad, sino más bien algún tipo de degeneración de los materiales, que se dilataban y se deformaban por dentro hasta romperse. Enseguida he constatado que el proceso afectaba también a la madera de las puertas. Entonces mi mujer, que me oía andar por casa, se ha levantado y hemos descubierto los dos, aterrados ante el espejo del baño, que una película gris, una vaga capa de suciedad, nos velaba la cara y las manos. A los niños, era espantoso, les sucedía lo mismo. Hemos querido lavarnos, pero el agua salía turbia de los grifos y no limpiaba.

Han dicho por la radio que se trata de un brusco deterioro general de la realidad y que ya se están tomando las medidas oportunas. Pero mi mujer y yo creemos que lo dicen para tranquilizarnos: seguro que debe de estar todo el mundo tan desorientado como nosotros, incluso el gobierno. No habrá más remedio que resignarse. Nos hemos sentado en el sofá del comedor, los cuatro juntos sin saber muy bien qué hacer. Sólo esperar a que pase algo.

Capítulo 8

Lapsus

§1. Cuando empezó a sufrir lapsus de memoria, contrató a un detective para que le siguiese en todo momento y le informase de sus movimientos por escrito, punto por punto. De esta manera sabría qué diablos estaba haciendo durante aquellos períodos de tiempo que se le borraban inopinadamente de la conciencia y lo sumían en un crescendo de ansiedad. A veces se trataba apenas de unos pocos minutos que se desvanecían. Otras veces era un vacío de tres o cuatro horas completas.

No le aclaró al detective, sin embargo, que iba a ser él exactamente el objeto de sus pesquisas. Contactaron por teléfono y le dio sus datos –nombre y apellidos, dirección, aspecto físico– como si fuesen los de otro. Un pariente, le dijo, con quien tengo un pleito. Tome nota de todo lo que hace. A dónde va, con quién habla, qué dice. Si se ríe o refunfuña. Me interesa *todo*, absolutamente.

En adelante se comunicaron siempre a través de un apartado de correos. Este asunto le incomodaba de veras. Le avergonzaba admitir el deterioro de sus facultades mentales y no se atrevía a hablar de ello con nadie, no quería que nadie supiera nada. Evitaba a amigos y conocidos, a todo el mundo. Temía que le preguntasen, que le hubiesen visto en algún sitio y él no se acordara. Los primeros días llevó este pudor –tan natural por otra parte– hasta el extremo de intentar despistar al que era por contrato y decisión suya su perseguidor.

§2. Al principio los informes reflejaban sólo actividades de lo más corriente. De algunas cosas se acordaba perfectamente y de otras no tanto. Salía a comprar el pan o el periódico, paseaba hasta el centro, o visitaba su librería habitual, donde le gustaba hojear las novedades y se llevaba alguna muy de vez en cuando. Sobre todo ensayo y novela de autores extranjeros. Un día compró manjares variados en el mercado central y en una tienda de vinos. Esa noche preparó él mismo la cena y la disfrutó a solas en casa. Generalmente solía comer y cenar –siempre solo– en un restaurante cercano, uno pequeño y coqueto que ofrecía cocina de

temporada. Al día siguiente, por la tarde estuvo un buen rato sentado en un banco de la plaza de la Paz, sin hacer nada más que contemplar la gente que pasaba, las palmeras que se balanceaban en lo alto contra el cielo, el quiosco o la fachada del teatro. Hojeaba un libro, también: *Elogio y refutación de Thomas Malthus*. Pero no parecía que le prestase mucha atención.

Se sintió, pues, aliviado: no hacía nada extraño, nada malo, en aquellos momentos que luego se afanaba en vano por recordar.

§3. Sin embargo, la segunda semana supo por el detective de dos encuentros que lo desconcertaron, con sendas personas que no acertaba a identificar. El lunes por la mañana se había dirigido a la estación del tren. En la cafetería, se sentó con un hombre que lo esperaba en una de las mesas del rincón del fondo. Un señor mayor, delgado, el pelo canoso y ralo, que llevaba gafas redondas de montura de pasta. (Tenía un aire abstraído, de sabio despistado o científico loco, mencionaba el informe entre paréntesis.) “El sujeto en cuestión sacó una foto de la cartera, se la enseñó a X e hizo unos garabatos en una servilleta de papel, como si esbozara un plano, o algún tipo de esquema o algo parecido, al tiempo que verbalizaba unas explicaciones desgraciadamente inaudibles desde mi posición en la barra. X le entregó un sobre, probablemente lleno de dinero. Estuvieron hablando unos cinco minutos y luego se despidieron con un apretón de manos. X volvió a casa y el otro se marchó hacia los andenes.”

Los hechos registrados un par de días después resultaron aún más pasmosos. A las seis de la tarde del miércoles, se había visto con una mujer en una terraza de la avenida del Rey. Esta vez fue él quien esperó. Al llegar, ella parecía un poco tensa. Después se relajó. Él también. Tomaron unos vermouths y charlaron –“animadamente”– casi una hora. Su descripción –el pelo negro cortado al estilo *bob cut* como una actriz del cine mudo, los grandes ojos negros, el abrigo de terciopelo gris y el casquete rojo, del mismo tono exacto que el pintalabios y el esmalte de uñas...– no le decía nada, como tampoco la del hombre del otro día.

§4. La semana siguiente, de nuevo en miércoles, se repitió la cita con aquella mujer elegante y enigmática. Habían quedado en el mismo lugar, pero, en cuanto vino ella, él se levantó y se fueron juntos. Siguieran un trayecto confuso, aparentemente errático: primero a lo largo de la avenida, después cruzaron hasta la acera de frente, se detuvieron a discutir algo y volvieron atrás. Entonces, se desviaron por una bocacalle y se metieron en un portal estrecho y oscuro: una pensión, en la que

permanecieron alrededor de dos horas. Al salir se dieron un beso rápido y se marcharon cada uno por un lado.

Llegado aquí, mientras leía boquiabierto el relato de los acontecimientos, recibió una llamada. La secretaria de su abogado le comunicaba que estaban preparados ciertos papeles. Aún atónito, sabía bien sin embargo de qué le hablaba: un tema, un conflicto legal con unos sobrinos, que le había traído de cabeza últimamente. De repente se le ocurrió algo y pidió a la chica que le confirmase la fecha y la hora de una reunión previa. Como sospechaba, había pasado la tarde del último miércoles en casa de un prestigioso notario de la ciudad, en la calle Mayor, no en una sórdida habitación de un segundo piso en un callejón cercano. Tenía pruebas y testigos. Llamó enseguida al detective para exigirle una aclaración, pero sólo obtuvo de él titubeos y evasivas. “Acérquese mañana a correos”, le dejó caer antes de colgar. A primera hora, retiró de su buzón un sobre con una foto en blanco y negro. Un retrato de ella: serenísima, bellísima. Desconocida. ¿O no?

Después de eso, decidió apuntar qué hacía en cada momento, dónde estaba y con quién, hora y minuto. Así no le engañaría nadie, no le harían dudar otra vez. Sus notas contradijeron de modo palmario el siguiente informe. Volvió a telefonar al detective y esta vez la conversación fue tensa, casi un diálogo de sordos. Le daba en efecto la impresión de que no acababan de entenderse. Quedaron en verse. Se sentía estafado, hervía por dentro de indignación y ahora ya no le importaba acudir en persona y dar la cara.

§5. Se encontraron, pues, en la misma terraza de la avenida del Rey donde se supone que se citaba con su supuesta *amante*. El detective le pareció un hombre normal –tirando a grandote, barbudo, con gafas– que podría pasar por funcionario o informático, o cualquier otro oficio de los que ejerce la gente común: de no ser por la gabardina. Tenía cara en cualquier caso de persona honesta. De entrada le devolvió el dinero del anticipo y se deshizo en disculpas. Le explicó que había dejado a un amigo suyo unos días a cargo del negocio, alguien de toda confianza, mientras él estaba fuera por cuestiones personales. Su sustituto sólo tenía que atender el teléfono y tomar nota de los avisos. “Pero con usted, vaya a saber por qué, cayó en la tentación de jugar a policías y ladrones. Se extralimitó, aceptó el caso en mi nombre y comenzó a seguirlo. Usurpó mi lugar y, aún peor, cuando el trabajo le resultó demasiado sencillo, decepcionante, aburrido, se le ocurrió la tontería de adornar los hechos. Se ingenió esos encuentros falsos. Primero le vino con el cuento del tipo misterioso en la estación del tren: un escenario y una situación calcados de

las películas de espías, no hará falta que insista en ello. Está claro que ha visto demasiado cine barato en las sesiones dobles del Rialto los sábados por la tarde. Después fueron los revolcones a escondidas con la señora. Ya lo ve, otro argumento no demasiado original. Se divertía tanto jugando a novelista, que al final le daba pereza mantener la vigilancia todo el día. La investigación pura y dura había perdido la gracia y ahí es cuando usted lo ha cogido en falta.”

Entonces, definitivamente era mentira. Saqué la foto de la cartera y se la mostré.

–Pero esta es una actriz famosa –me dijo–. ¿No ve que es papel couché? Es un recorte de una revista!

Vacilé. Después de pensarlo un minuto se lo pedí:

–¿Cómo podría localizar su amigo?

–Olvídese de él –me respondió–.

Finalmente me atreví a planteárselo:

–Creo que me gustaría ser detective. ¿Qué necesitaría?

–Una gabardina como la mía –me espetó–, marca Pinkerton. Una licencia de la Dirección General de Seguridad. Y tener buenas espaldas, como yo.

Se levantó y se largó sin haber pagado siquiera su agua con gas.

§6. Tras un cambio de medicación, los lapsus fueron disminuyendo. El médico me advirtió que me tendría que conformar, que era muy improbable que desapareciesen del todo. Pero poco a poco se han ido esfumando.

Un día, fui a la oficina de correos a cerrar el apartado y salí de allí con un último envío en las manos. El sobre marrón de siempre, que esta vez contenía: a) una tarjeta de visita (“Morel, inventor”), b) un trozo de papel con un nombre de mujer garabateado y c) unas cuantas instantáneas, desenfocadas pero elocuentes, explícitas: una cama tétrica, dos paredes desconchadas, su cuerpo desnudo con el que todavía sueño y el de un hombre que bien podría ser yo. Tuve un escalofrío. Inmediatamente lo rompí todo y me deshice de los pedazos.

Me pregunto quién podía ser esa tal “Luisa del Arroyo”. Si la volveré a encontrar algún día, la semana que viene o dentro de un año, quizá en algún viaje, en un balneario o en un crucero, o en una isla desierta. ¿Y el tal Morel? Podría ser este el hombre de la estación? ¿Por qué le di dinero y cuál es su función en la trama? ¿Qué relación tenía con ella? ¿Y con el amigo del detective? ¿Existía de verdad este segundo, falso, detective? De todos estos personajes –incluidos usted que me lee y yo–, ¿quién

existe y quién no? ¿Qué tienen que ver con esto mis sobrinos? ¿Por qué me tienen que pasar a mí estas cosas?

§7. No sé usted, pero yo preferiría que esta historia haya terminado aquí.

§8. Una llamada a la puerta. Una mirada. Un milagro. ¿Una pesadilla?

§9. Había luz, pues, al otro lado. Había otro lado, donde ahora estoy. El terror y la náusea parecen desde aquí amenazas lejanas, nada más que un eco vago de antiguos tormentos. Me has hecho recordar. Tienen sentido otra vez tu nombre, tu voz, mis sueños, tus manos. El amanecer. Una madrugada de mil novecientos ochenta y poco. Uno de nosotros ha suplicado perdón y el otro ha contestado: allá adonde vamos no hay necesidad de perdonar nada.

§10. Esta mañana Luisa me ha tenido que despertar. Dormía tan bien, pero aún nos queda mucho por hacer. Parece que no se acaben nunca los preparativos y hacia el mediodía empezarán a llegar los invitados: los pocos amigos que nos quedan y los parientes –aún menos– que nos prestaron su apoyo en los últimos meses. Hoy hará un año que nos volvimos a encontrar. Casi diez meses que mis sobrinos pasaron a disposición judicial, junto con mi asistente, con quien estaban conchabados, acusados los tres de cambiarme las medicinas por unas píldoras tóxicas que me causaban amnesia. Espero que estén una buena temporada entre rejas. En cuanto al detective, confío en que el juez sea algo más benévolo con él: si bien es cierto que se dejó sobornar e inventó aquel falso ayudante interpuesto, al final tuvo remordimientos y me envió un paquete cargado de evidencias que sólo mi pobre estado mental me impidió interpretar por el momento.

Esta tarde nos casaremos, en el mismo juzgado que se ocupará de ellos. Nos hubiera gustado que el difunto profesor Morel q.e.p.d., víctima reciente de la gripe, fuese nuestro padrino. En uno de nuestros encuentros fugaces en la estación, cuando aprovechábamos sus desplazamientos a Barcelona o a Madrid para vernos aunque sólo fuesen unos minutos, me dio la pista del paradero de Luisa, con quien él también había perdido el contacto tiempo atrás. (Desde luego no le di dinero, sino probablemente alguno de aquellos borradores que intercambiábamos, plagados de hipótesis y especulaciones. Otro de tantos errores o confusiones del detective.) Nos reencontramos y el destino quiso que su matrimonio, por suerte para mí, hubiese ido de mal en peor. Por razones estrictamente personales, que sólo la incumben a ella, prefería que mantuviésemos lo nuestro en secreto. Por eso alquilamos la habitación. Se me había ocurrido, por cierto, que podríamos volver a aquel lugar, pasar allí la noche

de bodas y recordar el comienzo de nuestra segunda felicidad. Volver a subir la escalera tenebrosa, revivir el vértigo una vez más. Pero era una idea tonta, supongo. Nos iremos directamente a Marienbad, donde estaremos más de un mes. La hice reír tanto cuando le propuse lo de la pensión. Pero eso me complace, verla como se ríe de mis bobadas y ser dichoso a su lado, en esos momentos de ansiada intimidad que son un regalo inesperado para mí.

Capítulo 9

Viaje aplazado

Sentía en mi corazón que quizá llegaba por fin para mí la ansiada hora de emprender el camino de Ítaca, pero al mismo tiempo me estremecían aún los peligros con los que me pudiera encontrar: deidades adversas, cíclopes, caníbales, sirenas, hechiceras o cualesquiera otros de los que constan en las crónicas antiguas.

Puesto que la contradicción no me dejaba vivir, resolví que vendría a solicitar consejo al anciano Kavafis. Con su voz pausada y profunda, amable, reveladora de sapiencia, me ha dicho: “A Lestrigones y a Cíclopes, o al airado Poseidón nunca temas. No hallarás tales seres en tu ruta, si no los llevas dentro de tu alma, si no es tu alma quien ante ti los pone.”

Confortado por su sensatez de tal manera, he acudido a comprar el billete a la Naviera Rey Neptuno. El oficinista que me ha atendido era un tipo hosco, de ademanes brutales. Cuando sacaba el dinero para pagarle, me ha agarrado la pierna por sorpresa con su manaza y examinándome de arriba abajo me ha espetado: “Pues sí que darías para unas buenas onzas de carne.” Luego, ya en el muelle, al ir a subir al barco he visto que el capitán esperaba de pie en cubierta para recibir a los pasajeros. Era un hombre alto, prácticamente gigantesco, y tenía un solo ojo en el medio de la frente.

Me ha parecido por tanto obvio que ahora mismo no podría confiar en mi propia alma. He aplazado otra vez el viaje y he llamado para pedir hora al psicoanalista.

Créditos

- “Cómo obtuvo Danvers una plaza en Miskatonic” y “Viaje aplazado” se publicaron originalmente en catalán en *El llibre de tòpics* (2002). “Deterioro general de la realidad” apareció, también en catalán, en *La vida canina* (2005). Ambos libros en Brosquil Edicions.
- Una versión anterior de “La extraterrestre” se incluyó en un libro-regalo colectivo editado por la prestigiosa compañía bioquímica Micafé con ocasión de las navidades de 2007.
- “Un coloquio bizantino” forma parte de un libro que permanece inconcluso en alguna carpeta de mi ordenador.
- La ilustración de la portada se dibujó en unos segundos con la aplicación Jackson Pollock en un iPod touch.

Del mismo autor

Encara he escrit massa (2008)

Miscel·lània: apunts, relats breus, articles, etc.

Lovecraft y cía (2008)

H. P. Lovecraft y su círculo están presentes en la mitad de las páginas de este libro. En la otra mitad nos encontramos a Robert W.

Chambers (El rey de amarillo), a J. R. R. Tolkien y a su amigo C. S. Lewis, a un pintor y místico ruso llamado Nikolai Roerich, al Jacques Bergier de El retorno de los brujos y a Julius Schwartz, que fue agente literario de Lovecraft y Ray Bradbury y luego editor de tebeos en DC.

Fantasía, terror y ciencia ficción en distintas variedades y proporciones. Una miscelánea de artículos de Carles Bellver Torlà, en su mayoría publicados originalmente en Lovecraft Magazine entre los años 2000 y 2004.



www.feedbooks.com
Food for the mind